



Laudatio de D. José Álvarez Junco
por el Dr. Miguel Ángel Martorell Linares

y

Discurso del doctor *honoris causa*
en Ciencias Políticas y Sociología

JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO

SOLEMNE ACTO DE INVESTIDURA
DOCTORADO *HONORIS CAUSA*
UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA
Madrid, 13 de febrero de 2023



José Álvarez Junco (cortesía de Luis Sevillano).

JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO

LAUDATIO Y DISCURSO

Solemne acto académico de investidura del doctor *honoris causa*
en el salón de actos “Emilio Lledó” del edificio de Humanidades de la UNED

ÍNDICE

Biografía	5
<i>Laudatio</i> por el Dr. Miguel Ángel Martorell Linares	7
Discurso	17

BIOGRAFÍA

Catedrático (en activo desde 1983; emérito, desde 2013) de Historia del Pensamiento Político y los Movimientos Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Complutense de Madrid. Entre 1992 y 2000, catedrático Príncipe de Asturias del Departamento de Historia de la Universidad de Tufts (Boston, Massachusetts), y director del seminario de Estudios Ibéricos del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard. En 2004-08, Director del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, y Consejero de Estado.

Especializado en historia política y cultural de España en los siglos XIX y XX. Entre sus publicaciones destacan *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, (Siglo XXI, 1976); *El “Emperador del Paralelo”. Alejandro Lerroux y la demagogia populista*, (Alianza Editorial, 1990); *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, (Taurus, 2001; Premio Nacional de Ensayo, 2002; y Premio Fastenrath, de la RAE, 2003); *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*, (Galaxia Gutenberg, 2016);

y *Qué hacer con un pasado sucio* (Galaxia Gutenberg, 2022). Como coautor, con G. de la Fuente Monge, *El relato nacional. Historia de la historia de España*, (Taurus, 2017); y como coord., con Adrian Shubert, *Nueva historia de la España contemporánea. 1808-2018*, (Galaxia Gutenberg, 2018).

**LAUDATIO DEL
PROFESOR JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO**

Doctor Miguel Ángel Martorell Linares
Catedrático de Universidad
Director del Departamento
de Historia Social y Pensamiento Político

José Álvarez Junco: apuntes sobre un historiador heterodoxo

Puedo percibir “en el profesor Álvarez Junco las cualidades que definen al historiador de cuerpo entero: la insatisfacción con las explicaciones recibidas; la urgencia de salir de la ciudad propia, de las tradiciones familiares; el manejo de multitud de documentos; la afición y el gusto por el debate; la disposición de permanente aprendizaje, de estudiante perpetuo en busca de la verdad en cualquier resquicio que pueda encontrarse”.

Esto escribía hace justo diez años Santos Juliá. Y creo que es oportuno comenzar esta intervención recordándole porque Juliá y Álvarez Junco fueron durante años colegas y, sobre todo, amigos, compañeros en múltiples aventuras vitales y académicas. Mano a mano, ambos han contribuido a renovar la historiografía española desde el ámbito de las ciencias sociales.

Las palabras de Santos Juliá son, además, pertinentes por dos razones. En primer lugar, porque es un honor recibir a José Álvarez Junco como doctor Honoris Causa en esta universidad, que fue la casa de Santos Juliá. Y en segundo lugar porque Juliá describe aquí a la perfección algunas de las virtudes que caracterizan

la pasión de Álvarez Junco por el saber y que irán apareciendo en los próximos minutos: la voluntad de cuestionar toda verdad establecida, la querencia hacia el debate académico, la necesidad de abandonar la comodidad doméstica, de contrastar la experiencia adquirida con otras experiencias, la constante compulsión por el aprendizaje, cual si fuera un eterno estudiante...

Volveré sobre todo esto más adelante, pero antes corresponde presentar al protagonista de este acto. José Álvarez Junco nació en noviembre de 1942 en la localidad catalana de Viella. Su padre, registrador de la propiedad, se trasladó al año siguiente con toda la familia a la localidad zamorana de Villalpando, donde transcurrieron su infancia y su adolescencia. Cursó el bachillerato en Zamora y con dieciséis años se afincó en Madrid para estudiar Derecho por imposición paterna. Acató el mandato, pero a su modo, pues la curiosidad y un temprano interés por cuanto tiene que ver con la sociedad y la política le impulsaron a matricularse también en Ciencias Políticas y Económicas, en la sección de Políticas. Así que estudió ambas carreras a la vez.

Se licenció en Derecho en 1964 y en Políticas en 1965, año en que accedió a la universidad como ayudante de Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall, en las cátedras de Historia de las Ideas e Historia del Pensamiento Político Español. A finales de los años sesenta, cuando las ciencias políticas y económicas se escindieron en dos facultades, eligió la de Ciencias Políticas. Allí ganó su cátedra en 1983 en el departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, donde ha impartido clases ininterrumpidamente hasta su jubilación en enero de 2014. Aún sigue vinculado como investigador a esa facultad.

Docente de 1965 a 2014: casi medio siglo. Medio siglo dedicado a explicar a centenares de politólogos y sociólogos que la historia resulta crucial para entender el cambio político y social.

Que sin perspectiva histórica no cabe comprender en toda su complejidad los procesos políticos y sociales. Que estos no solo pueden y deben compararse a través del espacio, sino también a lo largo del tiempo.

Este ha sido uno de los objetivos esenciales de toda su carrera: defender a ultranza el nexo entre la historia y las ciencias sociales. Desde los dos ámbitos. Siempre ha creído que los estudiantes de Ciencias Políticas o Sociología debían contar con una sólida formación histórica. También que todo análisis histórico carece de interés si no está en constante diálogo con las ciencias sociales.

A lo largo de estas décadas, José Álvarez Junco se ha empeñado en demostrar con el ejemplo que el conocimiento solo alcanza su plenitud si quien desea aprender es capaz de trascender fronteras. Que es necesario abrir la universidad española al exterior, establecer lazos con otras comunidades académicas. Convicción que ha ido siempre acompañada de una cierta compulsión viajera.

Este cosmopolitismo ilustrado ha moldeado su trayectoria desde el principio. Ya en 1965, recién licenciado, pasó una temporada en Bristol como *assistant teacher on secondary schools*. Parte del año siguiente residió en París y para el curso 1968-1969 consiguió una beca de la Universidad de California.

Regresaría décadas después a Estados Unidos, pero ya no como estudiante. En 1992 accedió a la cátedra Príncipe de Asturias en Historia y Civilización españolas, de la Universidad de Tufts, Boston, que detentó hasta el año 2000. Cátedra que compatibilizó con la dirección del seminario *Iberian Study Group* del *Minda de Ginzburg Center for European Studies*, de Harvard, universidad en la que impartió historia española de los siglos XIX y XX.

José Álvarez Junco también ha contribuido a impulsar la investigación de calidad desde la administración. No voy a entrar aquí en el detalle farragoso de los cargos institucionales que ha

ocupado. Baste con apuntar que entre 1986 y 1992 participó en la creación y consolidación del sistema nacional de evaluación de la investigación en ciencias sociales. O que entre 2004 y 2008 presidió el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, que transformó en un centro internacional de investigación, capaz de competir con otros similares en Europa, y que acogió durante su mandato a más de una veintena de investigadores de ámbito internacional. O que ha figurado entre los fundadores de revistas académicas que hoy constituyen un referente para historiadores, sociólogos y politólogos como *Política y Sociedad*, *Historia Social* o *Historia y Política*.

Su pasión por el debate también le ha llevado a crear desde los años 70 varios seminarios de discusión académica. Hoy sigue en vigor el que fundó en 1990 con Santos Juliá: el Seminario de Historia Contemporánea, uno de los foros de debate historiográfico más relevantes del país, que aún dirige, y que en enero de 2020 cambió su nombre por el de Seminario de Historia Contemporánea Santos Juliá, en homenaje a su co-fundador.

He aludido varias veces a su convicción de que es preciso tender puentes entre la historia y las ciencias sociales. Ya estaba presente en el primero de sus libros relevantes: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, publicado en 1976, adaptación de su tesis doctoral, dirigida por José Antonio Maravall. Casi medio siglo después sigue siendo un texto necesario para comprender la génesis y la evolución del pensamiento anarquista en la España del siglo XIX.

Ya se perciben en esta primera obra varios rasgos de su trayectoria. La rebeldía, pues cuando empezó su tesis doctoral la historia de las Ideas Políticas en España giraba en torno a los grandes pensadores del pasado y su obra, y no a sujetos colectivos de la clase obrera. Un interés por los sujetos colectivos que ha impreg-

nado las diversas etapas de su carrera. Ahí estaba también el afán polemista y heterodoxo, pues el libro chocó con el modo en que entonces discurría la historia social en nuestro país, con trabajos en su mayoría descriptivos, empíricos, apenas analíticos, plagados de cifras y detalles sobre huelgas o manifestaciones y carentes, en general, de interpretaciones.

Curioso, inquieto, siempre dispuesto a surcar nuevos territorios, en los años ochenta fue dejando atrás el estudio del anarquismo. “Dentro de la historia del movimiento obrero me interesaban los aspectos más heterodoxos”, reconocería el propio Álvarez Junco años después, y el análisis de “los movimientos sociales me llevó a estudiar fenómenos de psicología de masas e historia de la cultura, liderazgo, carisma... quería trabajar sobre anticlericalismo, cultura política, demagogia, la oratoria como instrumento de la movilización, el caudillaje, la vinculación emocional con el líder...”.

De ahí que decidiera abordar el estudio de los movimientos populistas. Lo hizo tomando como ejemplo a uno de los principales líderes populistas españoles de comienzos del siglo XX: Alejandro Lerroux. En 1990 publicó *El “Emperador del Paralelo”. Lerroux y la demagogia populista*, un libro que se centra en los primeros años de su vida y en el que confluyen la biografía, la ciencia política, los movimientos sociales, el liderazgo político, la historia cultural, la sociología electoral...

Consta entre los méritos de aquel trabajo el que contribuyese a renovar la biografía en España, un género prácticamente ignorado por la historiografía contemporánea hasta finales del siglo XX, y que adquirió un fuerte impulso en el año 1990 con la publicación de *El emperador del Paralelo*, de José Álvarez Junco, y de *Manuel Azaña. Una biografía política*, de Santos Juliá.

Con la década de los noventa llegó un nuevo sujeto de investigación. De una parte, la previa aproximación al populismo

orientó su interés hacia el análisis de las culturas políticas. Por otra, Lerroux había asentado buena parte de su discurso en la defensa de la nación española. De forma natural y fluida, el interés de Álvarez Junco derivó hacia el estudio del nacionalismo desde una perspectiva histórica.

El principal fruto de esta etapa fue el libro *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* publicado en 2001, una auténtica obra maestra que vio reconocida su valía en el año 2002 con el Premio Nacional de Ensayo, así como el Premio Fastenrath, de la Real Academia Española.

A lo largo de sus páginas, y a contracorriente en un tiempo en el que florecían de nuevo los nacionalismos, el libro explica cómo la nación española y el nacionalismo español, al igual que cualquier otro nacionalismo, no hundan sus raíces en la noche de los tiempos, pues son construcciones culturales modernas. Una visión crítica del fenómeno nacional que no es de extrañar en alguien que ha hecho del cosmopolitismo una forma de vida. Análisis crítico que desarrolló en libros posteriores como *Dioses útiles* o *El relato nacional*, escrito este último en colaboración con Gregorio de la Fuente.

Quiero volver, antes de terminar, a las palabras que abrían mi intervención, al modo en que Santos Juliá describió a Álvarez Junco. Hablaba Juliá, en primer lugar, de la “insatisfacción con las explicaciones recibidas”. Hemos visto como José Álvarez Junco ha insistido siempre en cuestionar aquello que se ha dado por sabido. A veces, sutilmente, como si lo desmontara con un destornillador; otras, si era preciso, a martillazos según recomendaba Friedrich Nietzsche. “Hay en el mundo más ídolos que realidades”, observó el filósofo alemán y siempre ha sido afán de Álvarez Junco que aflorase la realidad oculta tras los ídolos, con un entusiasmo que llevó a Santos Juliá a calificarle como desfacedor de “mitos y leyendas”.

Esta voluntad de cuestionar los tótems y los mitos colectivos que refuerzan la cohesión de toda comunidad le ha llevado en más de una ocasión a ejercer de lobo solitario. A ganarse la consideración de heterodoxo. Ya se lo dijo, con cariño, Manuel Tuñón de Lara en los años setenta al dedicarle uno de sus libros: “A Pepe Álvarez Junco, el más heterodoxo de nuestros historiadores y, por tanto, el mejor”. Sana heterodoxia que el propio Álvarez Junco lleva a gala.

Quizás en esa heterodoxia, en esa “urgencia por salir de la ciudad propia” de la que hablaba Santos Juliá, se halle la raíz del impulso irrefrenable por viajar. Viajes reales, como hemos visto. Y viajes metafóricos, fugas de la comodidad doméstica para contrastar los árboles que ha conocido por su cercanía con la perspectiva general del bosque. Un bosque que, además, siempre intentará comparar con otros muchos bosques de diversas latitudes.

No es menos precisa la descripción de Álvarez Junco como un “estudiante perpetuo”. Posee una curiosidad infinita, insaciable. Sus lecturas saltan constantemente de un tema a otro. Todo lo que tiene que ver con la historia o con las ciencias sociales le interesa, trate de la época que trate o se ubique en la latitud en la que se ubique. Y siempre anota. Anota lo que lee. Transcribe lo que escucha. Desde que le conocí y hasta el día de hoy le he visto tomar apuntes en cursos, en seminarios, en conferencias. Anotaciones que luego depura, sistematiza y ordena hasta formar grandes colecciones de documentos.

También supo captar Santos Juliá su “afición y gusto por el debate”. La imperiosa necesidad de discutir en el espacio público toda conclusión, todo avance al que haya llegado en sus investigaciones ante la certeza de que una hipótesis solo es válida si se somete al escrutinio público para encontrar sus puntos débiles.

Afición al debate acompañada con la generosidad para incorporar a su trabajo las críticas recibidas sin considerar las jerarquías, ya procedan de un par académico o de un becario, algo de lo que pude dar fe cuando yo lo fui hace muchos años. Con entusiasta afán de provocación y un empeño incisivo en abrir nuevos debates, siempre ha alentado la controversia académica y esa es una de las muchas razones por las que su obra ha contribuido a renovar de forma decisiva la historiografía española contemporánea.

Todo esto ha estado y sigue estando presente en la obra de José Álvarez Junco. Figura en su último libro, *Qué hacer con un pasado sucio*, publicado el año pasado y que ofrece una aguda reflexión sobre los vínculos entre historia y memoria, los modos de abordar los pasados traumáticos, o cómo afrontar desde el presente nuestra relación con las víctimas del pasado. Un estudio provocador, polémico. Escrito con la voluntad de abrir debate. Heterodoxo como todos los suyos. Ya estamos esperando a que llegue el siguiente.

Muchas gracias

DISCURSO

José Álvarez Junco

Los sujetos de la historia

El enunciado de esta intervención, “Los sujetos de la historia”, es, para empezar, equívoco. Porque puede entenderse que me refiero a quienes han protagonizado, o simplemente vivido, los hechos o acontecimientos ocurridos en el pasado humano. Y no es ese, en este caso, mi tema, sino quienes protagonizan la historia como disciplina académica. Así entendida, como relato, visión o saber sobre ese pasado, la historia, como puede imaginarse, ha cambiado mucho a lo largo del tiempo. Y lo que yo pretendo analizar aquí hoy es la evolución de esos sujetos que han protagonizado nuestra narración sobre el pasado a lo largo de las últimas décadas, incluso durante casi todo el último siglo. Una evolución vinculada, según creo, al cambio intelectual global vivido por mi generación; o por los mayores, como yo mismo, cuya longitud de vida no se halla muy lejana ya del siglo.

Al comenzar aquel recorrido, en su primera fase, nuestra visión del pasado se veía presidida por grandes sujetos, individuales o colectivos, que dominaban el relato y rozaban la categoría de héroes. Podían ser naciones, o pueblos, grupos humanos idealizados que actuaban de manera unánime. O eran héroes indivi-

duales: los fundadores de la comunidad, los padres de la patria, rodeados de un aura religiosa o insertos en una visión providencial del mundo. Protegidos o perseguidos por dioses, instrumentos suyos o rebeldes contra su poder, en el origen de los tiempos aquellos héroes habrían colaborado o se habrían enfrentado entre sí (a muerte, por supuesto) y forjado el mundo tal como es hoy: jerarquizado, violento, infeliz.

En nuestra cultura, el mito más extendido sobre el origen del mal y del dolor es el relato cristiano sobre el Paraíso Terrenal y la culpable desobediencia de Eva. A los niños se nos contaba en la escuela, como un dato indiscutible, que no necesitaba estar avalado por ningún tipo de documentación histórica, igual que se nos contaba lo más descollante del relato bíblico: la muerte de Abel a manos de Caín, el Diluvio Universal, Noé y el segundo comienzo de la historia humana, las plagas de Egipto, la odisea del pueblo judío hasta recuperar la Tierra Prometida... El pasado se veía en términos providenciales, previsto o planeado, premiado o castigado, por fuerzas sobrenaturales, en particular un Dios omnipresente y terrible que decía no tener nombre, pero que se llamaba, nadie lo ignoraba, Jehová. Desde el punto de vista moral, se trataba de una inacabable sucesión de tragedias que encaminaban a la humanidad, encarnada en el pueblo de Israel, hacia el bien (o el mal, en caso de prevalecer la influencia diabólica).

En un segundo momento, o segunda fase, el relato se secularizaba, pero no se desmitificaba. Habíamos apenas superado la adolescencia, nos habíamos rebelado, nos habíamos declarado antifranquistas, habíamos dejado de ir a misa y presumíamos de vivir una vida libre, “fuera del sistema”. Nuestra interpretación del mundo decía ser científica. Detestábamos lo sobrenatural, abjurábamos de los milagros, esos toques mágicos que alteraban en momentos cruciales el curso normal de los hechos. Pero seguía-

mos viendo el pasado en términos trágicos, de lucha constante —a muerte, en definitiva— entre héroes que personificaban la virtud y el sacrificio y malvados que defendían la opresión y el egoísmo, o entre clases sociales o grupos étnicos que competían con el nuestro por el espacio geográfico y la primacía en el esquema de valores. El relato que dominó en mi generación, en su fase antifranquista, fue el marxista, con añadidos nacionalistas en el caso catalán. Ambos se oponían al nacionalismo español en que nos habían educado, que explicaba la pugna histórica sobre un esquema mítico y maniqueo. Pero ambos cayeron en réplicas paralelas a lo que combatían, según defenderé hoy aquí.

La tercera fase en nuestra visión de la historia a la que quiero referirme es la actual, que estaría marcada por el intento de eliminar mitos, en nombre de la ciencia y la madurez intelectual. Nuestra pretensión actual, como historiadores, es describir el pasado, pero centrándonos en hechos concretos, parciales, no dotados de un sentido grandioso ni enmarcados en un gran relato providencial sobre el conjunto de la historia humana. Con nuestro trabajo queremos descubrir y narrar qué ocurrió, por supuesto, y proporcionar en lo posible una explicación sobre sus causas y consecuencias, pero sin llegar a conclusiones de gran alcance, sin pretender que lo ocurrido haya tenido un impacto decisivo en el curso de la historia universal. Aunque no es fácil desprenderse de una visión vinculada al avance del “progreso”, teleologismo indiscutible hasta hace poco y muy cuestionado últimamente. Y cuya discusión evitaré; porque no hay duda de que hoy, en nuestra zona del mundo —Europa—, vivimos menos violencia y opresión que hace quinientos años; pero también que la democracia sufre fuertes críticas, incluso por parte de quienes no cuestionan sus fundamentos; sabemos que somos los causantes de amenazas energéticas o climáticas; y la idea de secularización creciente se

tambalea ante fenómenos como el integrismo religioso o mesianismos alrededor de Donald Trump o Bolsonaro.

No es difícil vincular la primera fase de nuestra visión del mundo con un enfoque mágico-infantil del pasado. Sus protagonistas fueron héroes que nos protegían, entes malignos que nos amenazaban; algo muy propio de los niños. Por supuesto, es una fase superada. Hoy, de adultos, ni los personajes ni el sentido del relato tienen ya ese carácter sobrenatural. Pero conservamos también, y esto es lo que quiero defender, aspectos míticos, sobre todo en el esfuerzo (implícito, en general) por reforzar las entidades políticas existentes, en el momento actual los Estados-nación. Estos Estados (España, Francia, Alemania) son entidades terrenas, modernas, secularizadas, cuyos orígenes los profesionales más serios sitúan en tiempos recientes. Pero que el gran público, y los propios círculos de poder político cuando dejan traslucir su visión de la historia —por ejemplo, cuando inauguran un monumento que evoca un personaje o un episodio del pasado—, rodean de una faramalla sobrenatural propia de eras anteriores. Quienes ocupan las instituciones que encarnan el poder pueden conceder que las suyas son entidades con un origen histórico, pero sitúan este origen en un pasado tan remoto que las convierten en poco menos que eternas y naturales, únicas posibles en este momento y lugar. En cuanto a sus objetivos, no hace falta decir que los presentan como grandiosos, cargados de connotaciones morales. Con lo que, en definitiva, acaban viendo el orden existente en términos sobrehumanos, ultraterrenos. Y condenan como antinatural, utópica y destinada al fracaso toda tentación de crear nuevos marcos territoriales, nuevas estructuras jerárquicas, nuevos centros de poder.

Si proyectamos todo lo dicho a las épocas y los hechos que nos tocó vivir, en este caso a los españoles que fuimos educados

bajo el franquismo, habrá que explicar, para empezar, que los protagonistas de la historia eran las naciones, en nuestro caso España. Una España cuya existencia se remontaba a varios milenios, poco menos que al origen de los tiempos, y vinculada a una misión providencial, como todas las demás naciones (las grandes, las de verdad; es decir, las europeas); en el caso español, la defensa de la verdadera fe, privilegio que le había concedido el Supremo Hacedor y que la elevaba, en definitiva, al lugar de Pueblo Elegido.

Además de presentarse como mesiánicas, los múltiples conflictos, las pugnas constantes, que jalonaban la historia del país y teníamos que memorizar debían entenderse siempre en términos de maldad por parte de nuestros enemigos e inocencia por parte nuestra. Y digo “nuestros” o “nuestra” porque se hablaba de los antepasados en primera persona del plural y retroproyectándonos: se hablaba de “nuestra” decadencia, o incluso se decía que “decaímos”, en el siglo XVII, como si nosotros, los presentes, hubiéramos estado vivos en aquella época. “Nosotros”, así entendidos, nunca habíamos sido los agresores. Nos habíamos limitado a defender nuestro territorio contra constantes intentos de usurpación por la fuerza (cartagineses, griegos, romanos, musulmanes; con la curiosa excepción de los visigodos, que no habían “invadido” el país, sino que habían “entrado” en él; sino duda, porque estaban destinados a integrarse en la identidad patria, o incluso a figurar entre sus padres fundadores). Como aquella era, además, una visión providencial del pasado humano, nuestros enemigos, los de España, inspirados por motivos siempre egoístas, en general la envidia provocada por la belleza y feracidad de nuestro territorio, habían sido también los enemigos de Dios; y habían sido, como no podía ser menos, debidamente derrotados.

Esta explicación no podía aplicarse, obviamente, a luchas que se desarrolladas fuera del espacio propio de los españoles, la

península Ibérica, y la ocupación violenta hubiera sido precisamente obra suya. Por ejemplo, la conquista de América. Situación que se resolvía argumentando que no se había hecho por egoísmo, por la ambición de ocupar o dominar territorios o pueblos, sino con la desinteresada y muy loable intención de propagar la verdadera fe.

La nación, por supuesto, en algunos casos actuaba de manera colectiva: por ejemplo, los saguntinos o numantinos, o el “pueblo español” alzado contra invasiones foráneas, como la árabe-musulmana o la francesa de 1808. Aunque incluso en aquellos momentos de protagonismo colectivo se destacaban héroes y mártires individuales, que habían dirigido las victorias (don Pelayo, El Cid, Isabel y Fernando) o sacrificado sus vidas en las derrotas (Viriato, Daoiz y Velarde, Agustina de Aragón), al servicio de la construcción o la defensa de la identidad nacional o de su independencia o integridad territorial. Algunas de aquellas batallas tenían un claro significado ideológico y se habían librado en pro de los principios en que se apoyaba de manera perenne la esencia identitaria. La cual se enfrentaba con obstáculos levantados por el Mal, el ente demoníaco, enemigo por excelencia de la Nación, que podía encarnar en invasores extranjeros u opositores internos, como minorías religiosas (judíos, por excelencia), enemigos de la fe (masones) o adversarios de la civilización y de los principios básicos de la organización social (comunistas)...

En cuanto al ciudadano medio, el personaje gris, diario, el pueblo trabajador que proporcionaba calladamente el sustento a las élites dirigentes, en ningún caso desempeñaba un papel relevante. Mero seguidor de ideales o caudillos que lindaban con lo sobrehumano, no se merecía unas páginas, sino como mucho unas líneas con un tipo menor de letra. Se destacaba en ellas su religiosidad, su lealtad, su carácter austero y fiel, su actuación

siempre “unánime” (porque esos sujetos colectivos idealizados se presentaban como inspirados por un ideal, el mismo para todos).

Una vez superada aquella versión del pasado, que fue descartada como mágica o mítica, nuestra visión histórica pasó a otra fase, que nos apresuramos demasiado pronto a declarar “científica”. Porque, bajo su apariencia de secularización y desmitificación, seguía estando regida por un esquema que muy bien podría calificarse de mítico, ya que se desplegaba en tres fases fieles al esquema de paraíso, caída y redención. La etapa presente, aquella en la que nos encontramos los actuales seres vivos, es la segunda, la caída, un momento marcado por luchas y sufrimientos. Bien es verdad que, pese a ser el único momento sobre la que tenemos datos, según el esquema debía considerarse por definición transitorio. Nuestro malestar actual, nuestros problemas, no son naturales ni permanentes, sino contruidos, excepcionales, fugaces. Nuestra situación no procede del origen de los tiempos, del orden natural de las cosas, sino que ha surgido más tarde, de manera artificial, y habrá de ser superada en un futuro redentor. Pero también es cierto que es la única conocida. Pues sobre aquella remota primera etapa, la edad dorada, no es posible recordar nada, como tampoco sabemos nada, por definición, de ese futuro que está por llegar y en el que se supone que reingresaremos en la feliz era inicial.

El objetivo de aquella historia era incitar a la acción, a la movilización, a la rebeldía, para destruir o modificar el sistema de poder existente y retornar al paraíso. Claro que para explicar actos de protesta puede alegarse simplemente el deseo de “mejorar”, aunque sólo sea parcialmente, la situación que sufrimos. Pero una mejora parcial es poca cosa, no conmueve ni moviliza las pasiones de un modo suficientemente eficaz. Lo que tiene verdadero atractivo es que alguien nos prometa la fórmula glo-

bal, la solución definitiva de los problemas humanos, la conclusión de toda conflictividad, la implantación de un orden justo y estable, hasta el fin de los tiempos si es posible. Así lo hacía el comunismo, que lograba estos objetivos con la emancipación del proletariado, la clase universal, lo que supondría la eliminación de todas las clases, y por tanto de toda la opresión. Como lo hacía el fascismo, que prometía la redención de la nación, su ascenso en la jerarquía mundial de pueblos o razas hasta su puesto natural, la cúspide jerárquica.

Tal tipo de promesas llevaba implícito el paso de la actual segunda fase humana, la de conflictos y sufrimiento, a una tercera de felicidad global y definitiva. Se trata, por supuesto, de un objetivo mítico, pero su poder de atracción es tan alto (nada menos que la “redención” del género humano, la organización del mundo de manera satisfactoria, racional, justa) que permite exigir la entrega absoluta del militante, del llamado a la lucha; y eliminar sin ningún tipo de reparos morales a los egoístas o equivocados que obstaculicen el camino hacia nuestra felicidad colectiva.

El tema predilecto, en este tipo de planteamiento histórico, es la vida y la actuación del héroe que redimirá a la humanidad. Un héroe individual, para la historia conservadora, normalmente el legendario padre fundador de la nación, que se alzó contra los enemigos de esta y los derrotó, y cuyo ejemplo moral y vital debe seguir inspirándonos hoy día. Un héroe colectivo, para la historia “social”: el proletariado, el movimiento obrero (que redimirá a la humanidad haciendo la revolución, estableciendo la justicia absoluta y permanente). Aunque este héroe también puede ser individual, si se centra en dirigentes de ese movimiento (como Lenin, su mejor ejemplo, a quien se rinde un culto muy similar al religioso).

En el momento actual, fase tercera según nuestro esquema, la actividad del historiador consiste en narrar hechos y explicar su significado, desde luego, pero este último no debe, salvo que lo justifique adecuadamente, superar su contexto concreto, el lugar y la época en que ocurrió, los objetivos limitados que lanzaron a la acción a aquellos protagonistas. Nuestros relatos son parciales y concretos, como lo son los problemas que analizamos. Vivimos en la realidad terrena, no en la trascendencia. Idealmente, por supuesto, porque en la actividad profesional diaria podríamos citar constantes recaídas en las visiones apocalíptico-redentoras.

Esa profesionalidad que idealizo exige, por un lado, renunciar a una visión global de la humanidad, con un principio y un fin (y menos aún una redención próxima y definitiva). Los problemas que se narran pueden acabar siendo o no resueltos, pero su solución, en todo caso, no es eterna. Estos problemas, además, se refieren muy frecuentemente a aspectos antes dejados de lado, por no relacionarse con el poder y sus círculos inmediatos. Las nuestras no son ya historias de reyes, gobernantes, grandes figuras o héroes políticos o militares, sino de los sometidos, o de las estructuras de sumisión; de grupos sociales intermedios, más grises o neutrales en el sistema de poder; o de grupos minoritarios, marcados por alguna singularidad étnica y, a veces, por esa misma razón, marginados u oprimidos.

Todo lo dicho se vincula a la historia de mi generación, porque la primera fase es lo que nos enseñaron en la escuela y nos transmitían los medios de comunicación bajo el franquismo: la historia era nacional, y sus personajes eran valorados, en definitiva, según el único y definitivo criterio de su aportación positiva o negativa a la construcción y el engrandecimiento de la nación.

La segunda fase fue la de nuestra rebeldía juvenil: nos enfrentamos con lo aprendido, nos negamos a seguir lanzando loas a los

Tercios de Flandes o las Tres Carabelas, pero al final repetimos sus esquemas, aunque invirtiendo el papel de héroes y villanos. El movimiento obrero, visto por la historiografía conservadora como un factor negativo, un molesto obstáculo en el proceso de construcción nacional, pasó a ser el mesías redentor, el destinado a dirigir a la humanidad en el momento supremo de la revolución liberadora. Las élites sociales o políticas, en cambio, que antes dirigían u orientaban a la masa en su marcha hacia la plenitud, ahora se veían como “burguesía” explotadora u opresora, obstáculo maligno que se interponía en el camino hacia la libertad e igualdad, hacia la felicidad universal, en definitiva.

Y la tercera fase es la de la complejidad de la madurez. Como inteligencia que quiere comprender y juzgar de manera equilibrada, el historiador analiza, o dice querer analizar, los problemas del pasado de manera compleja, no maniquea ni dicotómica. Y su posición se abstiene de ser, en principio, partidista ni militante; no debe tomar posición a priori en favor de uno de los grupos en pugna; lo que de ningún modo significa que sea neutral, aséptico, incapaz de lanzar juicios racionales o morales.

Lo que ha interesado siempre al historiador, en definitiva (como a todo pensador o investigador), ha sido siempre él mismo, su propia realidad. Nuestro principal interés somos nosotros, como ciudadanos que vivimos una situación histórica y nos vemos sometidos a un esquema de poder heredado. Nuestra peculiaridad, como historiadores, es, quizás, nuestra capacidad de disfrazarnos. Al principio, en la fase infantil, de dioses, héroes, grandes personajes mitológicos. Más tarde, en la fase rebelde, de gente común, del pueblo, pero visto este como el objeto de la máxima opresión, de la que se deriva su grandiosa misión redentora y definitiva. Es decir que en todos los casos los sujetos de los que hablamos son los protagonistas de la historia. Y nosotros, los

narradores de ese pasado, somos los profetas destinados a revelar su misión al Mesías, a despertarle del sopor en que se halla sumido para que actúe de una vez y libere a la princesa sufriente (la nación oprimida, el pueblo trabajador explotado).

La misión redentora está frecuentemente ligada a la opresión misma de que se ha sido víctima. Es decir, lo excepcional de nuestros sufrimientos justifica lo grandioso de nuestra misión. Ocorre, por supuesto, en las religiones que hacen de los desposeídos y sufrientes los más puros y, por tanto, los elegidos y portavoces de Dios. Pero también en visiones supuestamente no religiosas, como el marxismo, que hace del proletariado el redentor por ser el desposeído y explotado supremo, el que, precisamente por eso, por no poseer nada, no sólo es el más interesado en alzarse en una rebelión global, sino que, cuando triunfe, carecerá de recursos o de incentivos para oprimir a otros.

El objetivo es siempre hacer de nuestra vida el centro de la historia; dotarla de interés, en definitiva. Lo que no toleramos es ser tan insignificantes como somos. Ni vernos destinados a vivir de manera gris, intermedia, sin ser más oprimidos y sufrientes que nadie ni estar marcados por un destino más grandioso que el de ningún otro.

Sólo en la tercera fase, la de madurez, la actual, comienza a comprenderse esto y a renunciar a esta misión. Porque madurez significa humildad, significa no vernos como superhéroes, sino como vulgares seres humanos, semejantes a nuestros congéneres pasados y presentes. Pese a lo cual, nuestra historia es interesante, nuestra vida merece ser contada. Sigamos investigando, sigamos escribiendo, sobre nuestro pasado. Sigamos analizando al ser humano, intentando comprenderlo cada vez mejor. Para lo cual habrá que renunciar a rodearle nunca de un aura de excepcionalidad, de heroísmo, de martirio o de redención. Veámoslo como

es, como un ser vivo, muy lejano de lo sobrenatural, que se afana por seguir con vida, por asegurarse un trabajo digno y estable, un refugio y una vestimenta confortables, protección y garantías para el futuro de sus hijos.

Solo así, con una historia escrita a ras de tierra, sin elevarnos en ningún sentido a lo sobrehumano o a lo mítico, podremos hacer un trabajo serio, profesional, digno. Podremos contribuir a conocernos mejor y a dominar mejor nuestra realidad cercana. Y a facilitar la vida y la convivencia pacífica a generaciones futuras que, al leer lo que hayamos escrito, no se vean incitadas a concebir el pasado como enfrentamientos maniqueos, poblados por verdugos y víctimas, ni a retroproyectarse —como herederos siempre, desde luego, de las inocentes víctimas— para predicar revanchas contra los supuestos herederos de los verdugos. Sino que nuestros libros les ayuden a comprender las complicadas causas de las tragedias del pasado; a evitar, en lo posible, las causas o situaciones que llevaron a ellas; pero sin retroproyectarnos como protagonistas de hechos que estamos lejos de haber vivido.

No quiero terminar esta intervención sin un reconocimiento público de mi deuda hacia los amigos y seres queridos que me han acompañado en mi periplo vital. Algunos de ellos, con quienes tanto dialogué y con quienes compartí ilusiones, entusiasmos y batallas intelectuales, ya no están, desgraciadamente, con nosotros: Santos Juliá, Manolo Pérez Ledesma, Carlos Serrano, Jorge Reverte, a quienes no puedo olvidar hoy ni olvidaré nunca; yo sigo sintiendo que me acompañan y continúo mi diálogo con ellos. Y María Jesús Iglesias, mi mujer, el encuentro más afortunado y la elección más inteligente de mi vida, el bastón que siempre me sirve de apoyo cuando el mundo parece tambalearse alrededor. Sin ellos, nada de lo que he hecho hubiera sido posi-

ble. No es justo que yo reciba aquí ahora honores, sin que ellos me acompañen. A ellos dedico este momento. A todos ustedes, a todos vosotros, queridos amigos, agradezco vuestra compañía en un día como hoy. Y a la Universidad Nacional de Educación a Distancia, por supuesto, agradezco de todo corazón este alto reconocimiento, que tan lejos estoy de merecer.



Juan del Rosal, 14
28040 MADRID
Tel. Dirección Editorial: 913 987 521